

ciñen el Láber detrás de los dos pueblos de Óber y Únter-Leuchling, flanqueando la calzada de Ratisbona; algo más lejos, y más abajo, estaba el cuerpo de Hohenzollern ocupando las márgenes del gran Láber, el castillo de Eckmühl, y los tramos que el camino de Ratisbona forma por encima de este castillo. Al lado opuesto, en medio de la llanura de Ratisbona, estaba toda la masa de coraceros y granaderos, delante y detrás de Egglofsheim. Iba, pues, á tener lugar la acción delante de los dos pueblos de Óber y Únter-Leuchling, luego en la calzada de Eckmühl, y por último en el llano de Ratisbona.

Hasta las ocho de la mañana cubrió una espesa niebla aquel campo de batalla de agreste aspecto, donde iba á correr la sangre de tantos millares de hombres. En cuanto se alzó la niebla, se dispusieron unos al ataque, otros á la defensa. Situó el mariscal Davout hacia su izquierda la división de Friant para enviarla á las cumbres arboladas en que se recostaban los dos pueblos de Óber y Únter-Leuchling; hacia su izquierda la división de Saint-Hilaire para acometer de frente á los austriacos que con fuerzas numerosas ocupaban los mismos pueblos; más á la derecha y en terreno bajo, á la orilla del gran Láber, formó la caballería bávara y wurtemberguesa, y detrás las divisiones de coraceros franceses que acababan de llegar. Estableciábase los austriacos por su parte lo mejor que podían en las alturas que tenían que defender. El príncipe de Rosenberg hizo llenar de barreras el pueblo de Únter-Leuchling que era el más amenazado, situó parte de sus fuerzas dentro de los dos pueblos, y las restantes sobre una mesa arbolada que los dominaba, y para estar en comunicación con la calzada de Eckmühl, que pasaba por su espalda, desplegó sobre un cerro el regimiento de Czartoryski con mucha artillería, de modo que pudiese alcanzar con sus balas á todos los puntos del valle por donde debían asomar los franceses. La brigada de Biber del cuerpo de Hohenzollern estaba dispuesta en orden cerrado á lo largo de la calzada por encima de Eckmühl, mientras Wukassovich ocupaba con varios destacamentos la orilla opuesta del gran Láber esperando á los franceses que habían salido de Landshut. Antes de mediodía no se oyó un solo disparo de fusil ni de cañón; divisábanse tan sólo los continuos movimientos de los infantes y jinetes, y en aquellos cerros cubiertos de bosques como en aquellas praderas húmedas y tapizadas de verdor, veíanse dibujadas en largas líneas blancas las masas del ejército austriaco.

Hacia mediodía aparecieron en dirección de Landshut gruesas columnas de tropas: eran las divisiones de Morand y Gudin precedidas por los wurtembergueses, á las cuales seguían los mariscales Lannes y Massena, y el mismo Napoleón, todos acudiendo á escape. Las tropas francesas procedentes de Landshut desembocaban por Buchhausen de una línea de cerros situada enfrente de Eckmühl, que formaba la barga opuesta del valle del gran Láber. El encuentro de las dos vanguardias anunció el principio del combate sin que fuera preciso dar la señal concertada. Al desembocar los wurtembergueses en Buchhausen, fueron recibidos con la metralla de una batería de Wukassovich y repetidas cargas de su caballería ligera. Repelidos al principio, pero conducidos de nuevo hacia adelante por el bizarro

Vandamme, y sostenidos por las divisiones Morand y Gudin, tomaron á Lintach, siguieron la orilla del gran Láber por delante de Eckmühl, y se juntaron por su izquierda con la división de Demont y los bávaros. A su derecha las avanzadas de la división Gudin se desplegaron entre Deckenbach y Zaitzkofen, enfrente de Eckmühl y de Roking.

Al primer disparo de cañón de la vanguardia, el intrépido Davout movió sus dos divisiones. Rompió el fuego la artillería francesa cubriendo con una lluvia de proyectiles todo el frente de los austriacos, con lo cual los forzó á encerrarse en los pueblos de Únter y Óber-Leuchling. Avanzaron ordenadamente las divisiones de Friant y Saint-Hilaire: la primera por la izquierda á los bosques en que apoyaba su derecha el cuerpo de Rosenberg; la segunda por la derecha á los pueblos de Óber-Leuchling y Únter-Leuchling, situados á tiro de fusil. Al adelantarse la división de Saint-Hilaire fué recibida con mortíferas descargas de fusilería; pero la valiente tropa que la formaba, conducida por aquel denodado general á quien llamaban en el ejército el *caballero sin miedo y sin tacha*, no se desconcertó por eso. El pueblo de Óber-Leuchling, que era el de más fácil acceso por estar más internado en el barranco donde apoya su espalda, fué el primero que cayó en nuestro poder; el de Únter-Leuchling, que estaba más afuera, más escarpado y con barreras por dentro, fué enérgicamente defendido por los austriacos. El 10 ligero que estaba encargado del ataque, y que sufrió á un mismo tiempo los fuegos del pueblo y del bosque que estaba encima, perdió en un instante quinientos hombres entre muertos y heridos. No por esto perdió su serenidad, porque penetró en el pueblo forzando las barreras que obstruían sus calles y accesos, mató á bayonetazos á cuantos enemigos le hicieron frente, y cogió muchos centenares de prisioneros. Los regimientos de Bellegarde y de Reuss-Graitz que nos habían disputado los dos pueblos, se retiraron entonces á la masa arbolada de la espalda, y allí se defendieron con nuevo ardimiento. Entretanto acometió la división Friant por la izquierda los bosques que unían á los dos pueblos y repelió á los regimientos de Chasteler, del archiduque Luis y de Coburgo, que formaban la derecha del príncipe de Rosenberg. Después de un fuego de guerrillas sumamente mortífero, el 48 y el 111, conducidos por el general Barbanegre, penetraron con bayoneta calada por todos los claros de los bosques que ocupaban las masas austriacas, y arrollaron á éstas. Impelido así el cuerpo de Rosenberg por un lado hacia los bosques que coronaban la línea, y por otro á la parte opuesta de los dos pueblos, sobre la masa arbolada que los dominaba, se vió acorralado contra la cortadura por donde pasaba la calzada de Eckmühl.

Retirado hacia este punto, trató de mantenerse en él, al tiempo que en el terreno bajo, á la derecha, delante de Eckmühl, comenzaba la refriega con igual coraje de ambos lados. Mientras la caballería de los bávaros apoyada por nuestros coraceros cargaba en el llano contra la caballería de los austriacos, los infantes wurtembergueses embestían á Eckmühl, para quitárselo á la infantería de Wukassovich. Aunque recibidos por una granizada de balas disparada desde los muros del castillo, no se acobardaron, y volviendo á la carga se apoderaron

de él. Vióse entonces la calzada, cuyos tramos ascendían por la montaña, toda cubierta de masas cerradas de infantería y caballería. Por un lado, á la izquierda, veíanse las reliquias de Rosenberg defendiendo la mesa situada sobre los pueblos de Óber y Únter-Leuchling; por otro, á la derecha, las alturas arboladas de Roking, donde estaba apostada parte de la brigada de Biber. Había que tomar indispensablemente aquellos puntos abriéndose paso por las masas que interceptaban la calzada.

Mientras Napoleón, acompañado de Lannes y Massena, mandaba el ataque decisivo, el general Cervoni, oficial valiente, que estaba mostrándoles un plano, fué arrebatado por una bala de cañón. Condujo Lannes por la derecha la división de Gudin á las alturas de Roking. Pasó esta división el gran Láber en Stanglmühle, trepó directamente por un lado á las alturas arboladas de Roking, por el otro las rodeó prolongando su movimiento á la derecha, y fué quitándose sucesivamente á la brigada de Biber que le disputó el terreno á palmos. La caballería á su vez lanzóse por la calzada sobre el mismo punto, que presentaba una subida sumamente áspera y estaba defendida por una fuerte columna. Fueron los primeros que cargaron los jinetes bávaros y wurtembergueses que se encontraron con la caballería ligera de los austriacos. Precipitose ésta denodadamente por un terreno inclinado, y llevó arrollados á nuestros aliados hasta la margen misma del gran Láber: acudieron los coraceros franceses en su socorro, subieron la cuesta á escape, derribaron á los jinetes austriacos, y llegaron á lo alto de la calzada en el instante mismo en que la infantería de Gudin, dueña de la eminencia de Roking, aparecía sobre ellos. Esta infantería, al ver á los coraceros franceses subir á galope por la calzada arrollando á los austriacos á pesar de las desventajas del terreno, arrebatada de entusiasmo empezó á palmotear gritando: ¡*Vivan los coraceros!*

Continuaba por la izquierda la lid entre Saint-Hilaire y los regimientos de Bellegarde y de Reuss-Graitz, que se disputaban la mesa arbolada de encima de Leuchling. Penetró en ella por último Saint-Hilaire y desalojó á los dos regimientos repeliéndolos sobre la calzada. Viendo esto los valientes generales Stutterheim y Sommariva, se precipitaron con los caballos ligeros de Vincent y los húsares de Stipsicz sobre la infantería de Saint-Hilaire; pero ésta los contuvo presentándoles sus bayonetas, los hizo retroceder á la vera de la calzada de Ratisbona, coronando por un lado esta carretera mientras la infantería de Gudin la coronaba por el otro. La caballería austriaca, acumulada entonces en la calzada, hizo nuevos esfuerzos contra la masa de nuestros jinetes, dió algunas cargas, las recibió á su vez, y acabó por ceder el campo.

Verificado esto, quedaban los obstáculos removidos por todas partes, y la calzada de Ratisbona en nuestro poder, porque ya Friant por la izquierda, atravesando el bosque que coronaba la línea de alturas, bajaba por su recuesto, y Gudin á la derecha, atravesando también las mismas montañas, empezaba á desembocar en la llanura de Ratisbona hacia Gailsbach. Las tropas de Rosenberg y de Hohenzollern, viéndose envueltas por derecha é izquierda, acudían á ampararse detrás de la masa de coraceros austriacos que estaba formada en batalla en

Egglofsheim. Siguiólas nuestra caballería al trote largo, teniendo á la izquierda la infantería de Friant y de Saint-Hilaire y á la derecha la infantería de Gudin. Eran las siete de la tarde, iba cayendo la noche, y por detrás de los jinetes bávaros y wurtembergueses, nuestros aliados, iban desembocando en masa haciendo estremecer la tierra bajo los cascos de sus caballos los diez regimientos de coraceros de Nansouty y Saint-Sulpice. Tenía que haber forzosamente un choque terrible entre las dos caballerías, la una queriendo ocupar el llano por donde á la sazón se replegaba el archiduque Carlos, y aspirando la otra á enseñorearse del mismo terreno para acabar la victoria bajo los mismos muros de Ratisbona. Mientras avanzaban nuestros coraceros por la calzada, flanqueados por la caballería aliada, contra los coraceros austriacos apostados también en el mismo camino, y flanqueados por su caballería ligera, la masa de jinetes enemigos rompió su movimiento á la luz del crepúsculo. Los coraceros de Gottesheim caen al galope sobre los coraceros franceses: éstos, esperando con gran serenidad á sus adversarios, les hacen una descarga con todas sus armas de fuego, y cerrando luego parte de ellos con los coraceros enemigos los embisten de flanco, los derriban, y los persiguen sin descanso. Entonces los coraceros austriacos, llamados del emperador, acuden á socorrer á los de Gottesheim; recíbenlos los nuestros, y los repelen; los valientes húsares de Stipsicz intentan prestar auxilio á su caballería pesada y no vacilan en arrojarse sobre nuestros coraceros. Después de hacer dignos esfuerzos, son éstos á su vez arrollados también, y toda la masa de caballería austriaca huye dispersa por la parte opuesta de Egglofsheim hacia Kofering. Mientras nuestros jinetes siguen por la calzada á galope, los de los austriacos, al ver la llanura cubierta de pantanos, intentan recuperar la calzada, mézclanse al torrente de los nuestros y caen sobre nuestras filas. Trabáronse entonces una multitud de refriegas parciales á la incierta claridad de la luna, y en medio de la obscuridad que empezaba á reinar percibíanse sólo el choque de los aceros en las corazas, los gritos de los combatientes y las pisadas de los caballos. Los nuestros revestidos de corazas dobles, y por consiguiente cubiertos por todos lados, se defendían mejor que los austriacos, que por no llevar guarecido con coraza más que el pecho, caían á montones de las estocadas que recibían por la espalda. De este modo fueron muchos de ellos heridos de muerte. ¡No ha vuelto á verse desde hace veinte años escena de desolación semejante á aquélla!

Cerró entretanto la noche y fué forzoso poner término á la lid. Podíamos, avanzando, sorprender tal vez desordenado al ejército del archiduque replegándose sobre Ratisbona, y repelerle al Danubio; pero también podía ser que le hallásemos formado en buen orden y en masa bajo los muros de aquella ciudad, en disposición de detener á los vencedores que desembocasen desunidos por las varias salidas que conducían al valle del gran Láber. Llega en este momento Napoleón con Massena y Lannes á Egglofsheim, y después de breves instantes de deliberación triunfa el partido más prudente, y aplaza para el día siguiente el dar una nueva batalla en caso que el duque permaneciese firme delante de Ratisbona, ó el perseguirle allende el Danubio si trataba de ponerse en cobro pasando este río. Mandó,

pues, que hiciese noche el ejército en el campo de batalla; y obró cuerdamente, porque las tropas no podían ya tenerse de cansadas, especialmente las que habían acudido de Landshut, y además sólo habían llegado los wurtembergueses y las divisiones de Morand y Gudin, quedando aún rezagadas las tres divisiones de Massena.

La jornada del 22 de abril, que lleva el nombre de batalla de Eckmühl, y que verdaderamente le merece por el número de tropas que en ella tomaron parte y por la importancia decisiva del acontecimiento, nos costó cerca de dos mil quinientos hombres fuera de combate, la mayor parte de las divisiones de Friant y Saint-Hilaire, que, con su brillante comportamiento en aquellos cuatro días, ganaron para su jefe el título de príncipe de Eckmühl, tan glorioso como justamente adquirido. Costóles á los austriacos cerca de seis mil hombres entre muertos y heridos, un número considerable de bocas de fuego, y tres ó cuatro mil prisioneros recogidos durante la noche en los pueblos que el ejército austriaco iba atravesando en su retirada. Esta batalla separó definitivamente el archiduque Carlos de los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis, y le repelió desordenadamente hacia Bohemia, después de haberle quitado su línea de operaciones, la Baviera y la carretera principal de Viena.

Pudo al fin Napoleón, después de cuatro días de fatigas continuas, descansar un instante, y fué éste muy breve, porque había resuelto terminar al día siguiente la serie de aquellas vastas y lucidas maniobras. Bien sospechaba sin embargo que no habría que aventurar otra batalla, y que el archiduque Carlos pasaría el Danubio apresuradamente; pero quería dificultarle ese paso, y hasta hacerle funesto si le era posible.

Por su parte el archiduque Carlos, que se había detenido en su movimiento sobre Abach al saber la desgracia ocurrida á su ala izquierda, y que nada había hecho para precaverla oportunamente, consternado, y echándose ahora en cara el no haber perseverado más en su oposición á la política de la guerra, no tenía ya más recurso que atravesar prontamente el Danubio para reunirse con el ejército de Bohemia, cuya mitad había ya llegado bajo el mando de Kollowrath, y bajar en seguida el gran río de Austria por una orilla mientras le bajaba Napoleón por la otra. Dar una batalla teniendo el Danubio á la espalda hubiera sido una falta contra todas las leyes de la guerra, y falta imperdonable en el estado actual del ejército austriaco, que aunque se había conducido bien, había vuelto á reconocer su inferioridad con respecto al ejército francés. Por otra parte la caballería del archiduque Carlos era muy poco numerosa para disputar á la francesa la vasta llanura en que se encontraba. Resolvió por lo tanto el archiduque pasar sin dilación el Danubio, bien por el puente de piedra de Ratisbona, ó bien por un puente de barcas que se había echado muy cerca de la misma ciudad por su parte inferior, por medio de unos pertrechos de pasaje que el ejército de Bohemia había llevado consigo. Decidióse que el cuerpo de Kollowrath, encaminado sobre Abach aquella mañana, y vuelto á llevar por la tarde de Abach hacia Burg-Weinting, cubriese la retirada, porque no habiendo aún entrado en acción debía estar menos cansado que los otros. El grueso del ejército debía atravesar por Ratisbona, pasar el Danubio

por el puente de esta ciudad mientras el cuerpo de reserva le pasase por el puente de barcas echado á la parte inferior, y la caballería maniobraba en la llanura para ocupar á los franceses esgrimiendo contra ellos el sable.

Al día siguiente, 23, se cumplieron las disposiciones del archiduque con bastante orden y buen resultado. Mucho antes de rayar el día cruzaron por Ratisbona los diversos cuerpos, mientras el general Kollowrath, retirándose lentamente hacia la ciudad, proporcionaba á las tropas del archiduque tiempo para desfilarse. Los granaderos se habían aglomerado por debajo de Ratisbona para verificar su pasaje: la caballería maniobraba entre Ober-Traubling y Burg-Weinting.

Los franceses por su parte emprendieron su movimiento muy temprano, pues la victoria los hacía á ellos tan previsores como la derrota á los austriacos. En cuanto pudieron discernirse los objetos, la caballería ligera avanzó por orden de Napoleón á reconocer á la caballería austriaca para saber si había que dar una nueva batalla ó solamente perseguir á gente fugitiva; la caballería austriaca, que en todas aquellas circunstancias no había cesado de conducirse con la mayor bizarria, cerró con la nuestra, y se trabó entre las dos una nueva y sangrienta refriega en que todas las armas cayeron en una espantosa confusión. Perdieron los jinetes austriacos por aquel acto de noble ardimiento cerca de mil hombres; pero continuando su retirada hacia la ciudad por la cual desfilaban á escape, llamaron nuestra atención hacia aquella parte, y de este modo lograron ocultarnos el puente de barcas por donde pasaban los granaderos. Advertiólo al fin un destacamento de caballería ligera y notificó esta circunstancia á la artillería de Lannes, la cual acudiendo á galope, empezó á hacer descargas contra los austriacos, matándoles muchos granaderos, ahogando á otros y destruyendo el puente eu breve arrebatadas por la corriente del Danubio. Sin embargo, el grueso de las tropas se puso en cobro sin más pérdidas que algunos centenares de hombres. El mariscal Davout por la izquierda con las divisiones de Friant y Saint-Hilaire, Lannes por la derecha con las divisiones de Morand y Gudin, y la caballería en el centro, sólo desembocaron en la ciudad en el momento en que los últimos batallones austriacos la estaban atravesando, de modo que nuestros cazadores llegaron á las puertas para hallárselas cerradas.

Quería Napoleón entrar en la ciudad aquel mismo día, ya fuese por deseo de vengar el descalabro del 65 de línea, ya con objeto de enseñorearse del puente del Danubio y asegurarse de este modo la posibilidad de seguir al archiduque Carlos á Bohemia. Circuía la ciudad una muralla sencilla con torres de trecho en trecho y un ancho foso; no podía prestarse á un asedio en regla, pero defendida con mucha gente podía mantenerse por algunas horas, y hasta por algunos días, quitando mucho ímpetu á nuestra persecución. Mandó por lo tanto Napoleón que la artillería de los mariscales Davout y Lannes saliese de las filas y entrase toda en línea para abatir los muros de aquella malhadada ciudad, é inmediatamente empezaron nuestras numerosas piezas á lanzar balas y granadas incendiando diferentes barrios.

Impaciente Napoleón por vencer aquella resistencia, se acercó á la ciudad despreciando el fuego de tiradores que sostenían los austriacos desde lo alto de la muralla y los franceses desde el borde del foso. Mientras estaba observando con un antejo, recibió un balazo en la garganta del pie, y dijo con la serenidad propia de un veterano:—¡Me han dado!—El peligro fué realmente grande, porque si la bala hubiese dado un poco más arriba le habría tronchado el pie y la amputación hubiera sido inevitable. Los cirujanos de la guardia que acudieron al punto á asistirle, le quitaron la bota y pusieron un ligero apósito en su herida que era de poca gravedad. A la noticia de que el emperador estaba herido, los soldados de los cuerpos que se hallaban más próximos rompieron espontáneamente sus filas para dirigirle más de cerca el clamoroso testimonio de su cariño. No había uno siquiera que no mirase como unida á su existencia su propia vida. Alargando Napoleón la mano á los más inmediatos, les aseguró que no tenía nada grave; volvió inmediatamente á montar, y recorrió todo el frente del ejército para acabar de tranquilizarle. Llegó entonces al colmo del delirio del júbilo y del entusiasmo de las tropas: todas saludaban y aclamaban al afortunado vencedor de Eckmühl, á quien acababa de tocar ligeramente la muerte, para enseñar á aquellos soldados que el peligro era común para todos, y que si Napoleón prodigaba sus vidas no por eso era avaro de la suya (1). Acercóse á los cuerpos que mejor se habían conducido, sacó de las filas á los oficiales y aun á los soldados que se habían distinguido por su valor, y les dió premios á todos. Hubo simples soldados que recibieron aquel día dotaciones de mil y quinientos francos de renta.

Sin embargo, no era bastante á sus ojos el darse mutuamente alegres parabienes; era menester acabar de vencer, y con este objeto despachó varios edecanes uno tras otro al mariscal Lannes para acelerar la toma de Ratisbona. Habíase aproximado el intrépido mariscal á la puerta de Straubing, haciendo dirigir todas las descargas de la artillería contra un edificio saliente que dominaba el recinto. Acribillado á balazos, desplomóse por fin el edificio, y sus escombros llenaron parte del foso. Ya el obstáculo era más fácil de vencer; pero faltaba salvar una doble escarpa, bien para bajar al foso, ó bien para subir al muro de enfrente cuya parte principal quedaba aún en pie. Proporcionáronse algunas escalas, apoderáronse de ellas los granaderos del 85 y las arrimaron al borde del foso; pero cuantas veces intentaban la escalada, otras tantas caían muertos los que subían á las descargas certeras del enemigo, en términos que después de haber sucumbido algunos, los otros parecieron amilanarse. Lannes entonces, con el pecho lleno de condecoraciones, se adelanta y echa mano á una de las escalas exclamando:—Ahora veréis cómo vuestro mariscal sabe ser todavía granadero.—Pero acu-

(1) Ha desperdiciado aquí Mr. Thiers una excelente ocasión de consignar una de esas máximas filosóficas tan profundas que á su alta razón sugieren á veces los hechos. Ha preferido el papel de panegirista al de moralista, y cuando parecía que iba á entrar en una consideración de mucha trascendencia moral á propósito de la herida que acababa de recibir Napoleón, deja una fecunda enseñanza por una frívola galantería, la severa lección por la empalagosa adulación. (N. del T.)

den sus edecanes Marbot y Labedoyere, le quitan la escala de las manos, síguenles los granaderos, toman las otras escalas, y arrojándose en tropel al foso repiten llenos de entusiasmo el asalto. Ya los tiros del enemigo, como dirigidos á un número mucho mayor y con mucha más precipitación, no eran tan certeros, y el muro que no habían acabado de derribar nuestras baterías fué escalado. Penetran en la ciudad los granaderos del 85 detrás de Marbot y Labedoyere, corren á una de sus puertas, ábrenla al regimiento, y entran nuestras tropas en columna cerrada en Ratisbona. Dueños de la ciudad, empezamos á recorrer sus calles continuando el tiroteó y haciendo en todas ellas prisioneros; pero sale de súbito un grito de terror de en medio de los austriacos, que paralizó á todos:—¡Deteneos que vamos á perecer todos!, exclama un oficial.—Había en efecto en una calle unos barriles de pólvora que habían dejado allí por descuido, y que podían muy fácilmente incendiarse con el fuego que por encima cruzaba. Austriacos y franceses se detuvieron instintivamente, lleváronse rodando los barriles fuera del fuego para librarse del peligro mortal de la explosión, retiráronse luego los austriacos, y la ciudad quedó abandonada á nuestras tropas.

Esta jornada le costó al enemigo cerca de dos mil hombres fuera de combate, y de seis á siete mil prisioneros. Era la quinta desde que se había abierta la campaña. Abracemos ahora con una sola mirada estas cinco jornadas tan importantes. El 19 de abril, el mariscal Davout, subiendo el Danubio desde Ratisbona á Abensberg, tuvo un encuentro con el archiduque Carlos en Tengen, le hizo frente y le detuvo. El 20, Napoleón, reuniendo la mitad del cuerpo del mariscal Davout con los bávaros y wurtembergueses, mientras atraía al mariscal Massena hacia el punto común de Abensberg, rompió la línea de los austriacos cerca de Rohr, y separó al archiduque Carlos del general Hiller y del archiduque Luis. El 21, continuó este movimiento y separó definitivamente á las dos masas enemigas, tomando á Landshut y la línea de operaciones de los austriacos, mientras que el mariscal Davout aquel mismo día, sirviendo de eje á sus movimientos por la izquierda, volvió á tener reencuentro con el archiduque Carlos en Leuchling, y á detenerle. El 22, noticioso de que el archiduque Carlos no se había retirado por Landshut, sino que se hallaba á su izquierda hacia Eckmühl delante del cuerpo del mariscal Davout, tomó súbitamente su determinación, dejóse caer sobre Eckmühl, y en la batalla de este nombre, dada en la extremidad de la línea enemiga, arrolló y acorraló á los austriacos contra Ratisbona. Finalmente, el 23 puso término á aquella lid de cinco días tomando á Ratisbona y repeliendo á Bohemia al archiduque Carlos reunido con el ejército de Bellegarde, pero separado del de Hiller y del archiduque Luis. Además de la ventaja de abrirse el camino á Viena defendido por unos treinta y seis á cuarenta mil hombres desanimados, de haberse apoderado de los cuantiosos pertrechos que había en la principal línea de operaciones del enemigo, de haber repellido al archiduque Carlos á los desfiladeros de la Bohemia, en donde iba á verse paralizado largo tiempo, y de haber por último restituido á sus armas todo su antiguo lustre y ascendiente, había destruído Napoleón y aprisionado á cerca de sesenta mil hombres, y recogido más de cien cañones. De

estos sesenta mil hombres, cerca de cuarenta mil habían sucumbido al fuego de nuestra infantería ó al hierro de nuestra caballería (1). Todo esto lo había conseguido Napoleón aplicando, en medio de una inaudita confusión de localidades y gentes, los verdaderos principios de la guerra. Ciertamente que entregándose más á su fortuna, y dejando al archiduque acudir á Ratisbona, sin atraer hacia sí al mariscal Davout, habría podido Napoleón caer sobre las espaldas del enemigo por Lanqwaide y Eckmühl, y aun quizás hacer prisionero á todo el ejército austriaco en un solo día; pero además de que habría sido menester adivinar el arcano de semejante situación, lo que no es dado á ninguno, Napoleón habría faltado á los verdaderos principios quedando dividido ante un enemigo concentrado, y le habría proporcionado la posibilidad de conseguir un gran triunfo. Por el contrario, atrayendo á un punto común al mariscal Davout por su

(1) No consignamos estos números sino después de haber reducido á su justo valor las exageraciones de los boletines. (N. del A.)

izquierda y al mariscal Massena por su derecha, se puso en disposición de hacer frente á todo, cualesquiera que fuesen las contingencias, y pudo romper por su frente la línea enemiga, abrirse paso hacia Landshut, dejarse caer luego á la izquierda y derrotar definitivamente al grande ejército austriaco en Ratisbona. Añadiremos, si nos es lícito, que fué mejor un triunfo modesto ajustado á los verdaderos principios de la guerra, que en último resultado no son otra cosa más que las reglas del común seso, un triunfo modesto, repetimos, sin exponerse á contingencias desastrosas, que un triunfo deslumbrador fiado casi enteramente á la casualidad. No habría sucumbido nunca Napoleón si hubiese dirigido la política como dirigió en esta ocasión la guerra. El Austria quedaba consternada con tan terribles golpes: la Alemania comprimida, y la Europa entera enfrenada. Nunca había sido Napoleón más digno de los favores de la fortuna, que en aquellas cinco jornadas se le mostró otra vez enteramente seducida y obediente.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO

WAGRAM

Principian las hostilidades en Italia. — Entrada imprevista de los austriacos por el Ponteva, el Cividale y el Góric. — Sorpresa del príncipe Eugenio, el cual no esperaba verse acometido hasta fines de abril. — Replégase sobre el Livenza con las dos divisiones que tenía á su disposición, y consigue reunir allí parte de su ejército. — La vanguardia del general Sahuc es sorprendida y desalajada en Pordenone. — Pide el ejército á gritos dar la batalla. — Arrastrado el príncipe Eugenio por sus soldados, se decide á pelear antes de reunir todas sus fuerzas, y en un terreno desfavorable. — Batalla de Sacila, perdida el 16 de abril. — Retirada al Adige. — Insurrección del Tirol. — Reconcentrase el ejército francés detrás del Adige, y se reorganiza bajo la dirección del general Macdonald, destinado para servir al príncipe Eugenio de consejero. — La noticia de los acontecimientos de Ratisbona obliga al archiduque Juan á emprender la retirada. — Persíguele el príncipe Eugenio sin descanso. — Paso del Piave á viva fuerza, y pérdidas considerables de los austriacos. — Acontecimientos de Polonia. — Hostilidades imprevistas en Polonia lo mismo que en Baviera y en Italia. — José Poniatowski da un reñido combate á los austriacos bajo los muros de Varsovia. — Abandona esta capital por efecto de una convención; lleva la guerra á la derecha del Vístula, y hace sufrir á los austriacos numerosos descalabros. — Movimientos sediciosos en Alemania. — Deserción del mayor Schill. — Conducta de Napoleón después de los sucesos de Ratisbona. — Su inquietud al saber las noticias de Italia que el príncipe Eugenio tarda mucho en comunicarle. — Adelántase no obstante por la Baviera, seguro de remediarlo todo con una marcha rápida sobre Viena. — Sus razones para no perseguir al archiduque Carlos en Bohemia, y para dirigirse por el contrario sobre la capital del Austria por la línea del Danubio. — Marcha perfectamente combinada — Paso del Inn, del Traun y del Ens. — Queriendo el archiduque Carlos volver á pasar desde Bohemia á Austria y reunirse con el general Hiller y el archiduque Luis detrás del Traun, le sorprende Massena en Linz. — Terrible acción de Ebersberg. — No habiendo podido el archiduque Carlos llegar á tiempo ni á Linz ni á Krems, los cuerpos austriacos que defendían el Austria superior se ven precisados á repasar el Danubio en Krems, dejando á Viena descubierta. — Llegada de Napoleón á Viena el 10 de mayo, al mes de haberse roto las hostilidades. — Entrada de los franceses en Viena después de una resistencia muy corta de parte de los austriacos. — Efecto que produce este acontecimiento en Europa. — Miras de Napoleón con objeto de acabar de destruir los ejércitos enemigos. — Modo particular de escalar sus cuerpos para impedir una tentativa de los archiduques sobre sus espaldas, y para preparar una concentración súbita de sus fuerzas, con objeto de dar una batalla decisiva. — Necesidad de pasar el Danubio para alcanzar al archiduque Carlos, que estaba acampado delante de Viena. — Preparativos para este paso dificultoso. — En el intervalo el ejército de Italia, desembarazado con los progresos del ejército de Alemania, vuelve á tomar la ofensiva, y continúa avanzando. — El archiduque Juan vuelve á pasar los Alpes Nóricos y Julianos con sólo la mitad de su ejército, y dirige las fuerzas que le quedan hacia la Croacia. — Evacuación del Tirol, y sumisión momentánea de esta provincia. — Resuelve Napoleón definitivamente pasar el Danubio y acabar de destruir al archiduque Carlos. — Dificultad de esta operación ante un ejército enemigo de cien mil hombres. — Para hacer menor la dificultad del paso se echa mano de la isla de Lobau, situada en medio del Danubio. — Puentes echados sobre el brazo mayor del Danubio en los días 19 y 20 de mayo. — Puente echado el día 20 sobre el brazo menor. — Empieza el ejército el paso. — No bien se pone en movimiento, le sale al encuentro el archiduque Carlos. — Batalla de Essling, una de las más terribles del siglo. — El paso, varias veces interrumpido por una crecida súbita del Danubio, queda definitivamente imposibilitado por haberse roto enteramente el puente grande. — Privado el ejército francés de la mitad de sus fuerzas y desprovisto de municiones, sostiene el 21 y el 22 de mayo una lucha heroica para no verse precipitado en el Danubio. — Muerte de Lannes y de Saint-Hilaire. — Conducta memorable de Massena. — Después de cuarenta horas de estériles esfuerzos, desesperanzado el archiduque Carlos de poder arrojar al ejército francés al Danubio, le deja volver á entrar pacíficamente en la isla de Lobau. — Carácter de esta espantosa batalla. — Inercia del archiduque Carlos, y actividad prodigiosa de Napoleón en los días que siguieron á la batalla de Essling. — Esfuerzos de éste para restablecer los puentes y hacer que el ejército francés volviese á pasar á la orilla derecha del Danubio. — Uso acertado que se hace de los marinos de la guardia. — Ocupase Napoleón en idear un nuevo modo de verificar el paso, y en allegar los ejércitos de Italia y de Dalmacia para dar fin á la guerra con una batalla general. — Marcha afortunada del príncipe Eugenio, de Macdonald y de Marmont para incorporarse con el grande ejército en el Danubio. — Posición que prescribe Napoleón al príncipe Eugenio sobre el Raab, con el doble objeto de atraerle á sí y de desviar al archiduque Juan. — Encuentro del príncipe Eugenio con el archiduque Juan bajo los muros de Raab, y victoria de este nombre conseguida el 14 junio. — Toma de Raab. — Reunión definitiva del príncipe Eugenio, de Macdonald y de Marmont con el grande ejército. — Alternativas en el Tirol, la Alemania y Polonia. — Precauciones de Napoleón acerca de estos varios países. — Inacción de los rusos. — Pudiendo ya Napoleón disponer de los ejércitos de Italia y Dalmacia y de los puentes que mandó construir en el Danubio, trata por fin de dar la batalla general que tenía de mucho tiempo atrás proyectada. — Obras prodigiosas ejecutadas en la isla de Lobau durante el mes de junio. — Puentes fijos establecidos en el brazo grande del Danubio, y puentes volantes echados sobre el pequeño. — Grandes abastecimientos y poderosas fortificaciones convierten la isla de Lobau en una verdadera fortaleza. — Escena extraordinaria del paso en la noche del 5 al 6 de julio. — Desemboca súbitamente el ejército francés por el lado opuesto del Danubio antes que el archiduque Carlos pueda oponerse. — Replegado el ejército austriaco á la posición de Wagram, defiéndese en ella contra un ataque del ejército de Italia. — Escaramuza momentánea en la noche del 5. — Plan de los dos generales para la batalla del siguiente día. — Jornada del 6 de julio, y memorable batalla de Wagram, la más grande que hasta entonces se había dado en los tiempos antiguos y modernos. — Ataque formidable contra la izquierda del ejército francés. — Celeridad con que Napoleón lleva sus fuerzas de la derecha á la izquierda, á pesar de la vasta extensión del campo de batalla. — El centro de los austriacos, acometido con cien bocas de fuego y dos divisiones del ejército de Italia bajo el general Macdonald, queda por fin roto. — Ocupación de la mesa de Wagram por el mariscal Davout. — Pérdidas casi iguales por ambos lados; pero resultados decisivos en favor de los franceses. — Retirada mal dispuesta de los austriacos. — Persecución hasta Znaim, y refriega trabada bajo sus muros. — No pudiendo los austriacos proseguir la guerra, piden un armisticio. — Armisticio de Znaim, y primeras negociaciones de paz en Altenburgo. — Nuevos preparativos militares de Napoleón para apoyar las negociaciones entabladas. — Brillante acampamento de sus ejércitos en el centro de la monarquía austriaca. — Carácter de la campaña de 1809.